

“TODO ES VANIDAD”

(ECL/QOH. 1,2-3.8-14.17-2,8.10-11.24)

“Todo es vanidad y andar a la caza del viento”



Estimados amigos.

Saludos y bienvenidos a este nuevo comentario bíblico, esta vez, del inicio del libro del Eclesiastés o Qohélet.

UNA AFIRMACIÓN CONCLUSIVA

Es común en nuestra sociedad la búsqueda del bienestar, del dinero, del disfrute o del poder. “¡Qué me quiten lo bailao!”, solemos decir, refiriéndonos a lo bien que lo hemos pasado en el puente, a lo que hemos disfrutado en las vacaciones o a que hemos

conseguido visitar el país de nuestros sueños.

Un autor francés, escribió lo siguiente:

Todos los bienes que son solo útiles y agradables poseen una nota común: el hombre los busca y para y conseguirlos basta con disponer de los medios suficientes para obtenerlos cuando y como se quiera.

Estos bienes lo absorben hasta que se siente harto, ya que, en efecto, la saciedad pone punto final al tiempo, con frecuencia breve, de la posesión. El hombre tiende así, incesantemente, a buscar nuevos bienes, que se degradan conforme los va adquiriendo.

Con frecuencia la vida del hombre se desarrolla a partir de los bienes de los que se apropia y que seguidamente desecha, una vez que le han decepcionado¹.

¿Qué bien conectan estas palabras con las de Qohélet!:

Vanidad de vanidades, todo es vanidad... Es indecible lo que aburren las cosas; no se sacia el ojo de ver ni el oído de oír... He aquí que todo es vanidad y andar a la caza del viento (Ecl. 1,1.8.14).

¿Qué impresión te causan estos dos autores? ¿Son pesimistas o realistas? A juzgar por tu experiencia de vida, ¿son así las cosas?, ¿es así como sucede? Y si lo es, ¿qué nos queda al final sino la angustia y la desazón? ¿Es por ahí que va Qohélet? ¿Es ahí a donde nos quiere llevar? Veamos.

Las palabras, tanto de Qohélet como de M. Légaut son la conclusión a la que estas personas han llegado después de un "LARGO PROCESO DE VIDA". Vienen a decir que con el tiempo todo aburre, que nada de lo que alcanzamos nos llena, que cualquier cosa que hagamos ya ha sido hecha antes y que esta experiencia se repite una y otra vez en la historia.

No se trata, por tanto, de una opinión con la que estar más o menos de acuerdo, sino de una experiencia vital. ¿La tienes? ¿Eres consciente de ella? Puede que no la tengas, pero también que, teniéndola, no hayas caído en la cuenta, no la hayas expresado nunca o sencillamente que te niegues a reconocerla y aceptarla. Por eso escuchar a Qohélet te puede ser de gran utilidad.

EL PROCESO DE QOHÉLET

¿Quién es este hombre? ¿Qué ha vivido para hacer una afirmación así? ¿Qué caminos ha recorrido? ¿Qué ha experimentado? Es lo que nos dice a continuación.

Su identidad nos es desconocida. Afirma haber sido rey de Israel. Puede que lo fuera, pero también que se presente como tal para dar mayor autoridad a su escrito. Sea lo que sea, una cosa parece cierta: que es una persona avanzada en edad que ha visto

¹ (M. Légaut, "El hombre en busca de su humanidad", Asociación Marcel Légaut p. 15-16)

muchas cosas y ha vivido muchas experiencias. ¿Cuáles? Las describe él mismo a modo de etapas de su vida. Veámoslas.

OBSERVAR E INVESTIGAR

Lo primero que ha hecho ha sido observar e investigar a fondo el comportamiento humano (“con sabiduría”, dice) hasta poder afirmar que ha visto todo lo que hacen los hombres, llegando a la conclusión de: “QUE TODO ES VANIDAD Y DAR CAZA AL VIENTO”, es decir, un intento vano de alcanzar y retener algo que se nos escapa entre los dedos.

BUSCAR LA SABIDURÍA Y LA CIENCIA

Después de haber considerado lo que hacen los otros, decide probar personalmente todas las posibilidades que le ofrece la vida para ver lo que dan de sí. Ya no mira desde fuera, sino que quiere tener él mismo toda clase de experiencias.

Empieza por algo muy noble y loable: dedicarse a adquirir la ciencia y la sabiduría que le permita comprender los secretos más íntimos de la vida y de los hombres, la realidad más profunda de las personas y del mundo.

El resultado le sorprende. Contra lo que cabría esperar, el estudio y el conocimiento no le proporcionan satisfacción, sino todo lo contrario: constata que, cuanto más y mejor conoce al ser humano, más le invade “la pesadumbre y el dolor”. ¿Por qué? ¿Qué es lo que descubre Qohélet? No lo dice expresamente pero se desprende del texto: LA MALDAD DEL CORAZÓN HUMANO que se refleja en un sinfín de acontecimientos: traiciones, guerras, abusos, egoísmos, busca del poder, hambrunas..., todas cosas muy tristes.

Podríamos decir a Qohélet que en los seres humanos también hay muchas cosas buenas, y es verdad, pero el proceso del autor parece responder a otro movimiento: el paso de un buenísimo ingenuo que piensa que somos buenos por naturaleza, aunque haya excepciones, al descubrimiento, ciertamente decepcionante, de que la maldad anida en el corazón de cada persona y lo hace capaz de las peores barbaridades. Sus palabras nos recuerdan las de San Pablo, quien reconoce en él la enorme fuerza del mal:

No entiendo lo que me pasa, pues no hago el bien que quiero; y lo que detesto, eso es justamente lo que hago. No

hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero: eso es lo que hago (Rom 7,15.19).

Experiencia nada agradable, ciertamente. Ante este panorama nos viene a la memoria el refrán: “Ojos que no ven, corazón que no siente”, es decir, mejor le habría ido a Qohélet no investigar tanto, pues se habría evitado conocer lo peor del corazón humano y el dolor y la pesadumbre que produce constatar la fuerza del mal en nosotros.

GOZAR DEL PLACER

De lo más alto, como es la búsqueda de la sabiduría, el autor pasa a lo más instintivo: a “probar la alegría en el gozo del placer”, que no se refiere solo al placer sexual, sino al amplio abanico de placeres que puede proporcionarnos el cuerpo a través del estímulo de los sentidos, sobre todo el sexo, la comida y la bebida.

La decisión del autor es consciente y firme: “Resolví en mi corazón regalar mi cuerpo con el vino”. Tiene conciencia, porque es sabio, de que lo que hace es “necedad”, pero quiere ver qué se saca de lo que los hombres consideran como fuente de felicidad: regalarse sin poner límites, dejarse llevar por los impulsos y hacer lo que le apetezca sin renunciar a nada de lo que esté a su alcance...

Después de haberlo experimentado todo Qohélet llega a la misma conclusión que antes: que también esto “es vanidad, locura. ¿Para qué sirve?” ¿Qué queda de un momento de placer? Porque una cosa es el placer y otra la felicidad. Esta última tiene que ver con la interioridad del ser humano, mientras que el placer es pura exterioridad, fruto del estímulo de los sentidos.

Diferente es, por ejemplo, el placer que produce un encuentro íntimo entre dos personas que se aman, compartir una comida con un amigo, etc., pero nuestro autor no habla de eso. Su discurso se refiere a la búsqueda del placer por el placer o, si se quiere, de la felicidad por el placer, con una actitud profundamente egoísta y sin apertura a la relación afectiva o amorosa con el otro.

HACER GRANDES OBRAS

Decepcionado también con el placer, Qohélet centra su interés en realizar grandes obras y acumular riquezas y poder:

Emprendí grandes obras, me construí palacios y me plante viñas; me hice huertos y jardines y planté en ellos árboles frutales de toda clase. Tuve también mucho ganado, vacas y ovejas, en mayor número que todos. Amontoné plata y oro y tesoros de reyes y de provincias. Y continué engrandeciéndome más que cuantos me precedieron en Jerusalén...

También esto lo hace a conciencia, sin ponerse ningún límite, sin renunciar a ninguna actividad que le pueda satisfacer o llenar su corazón, pero fue inútil:

Sobre todas las obras que mis manos habían hecho y sobre la fatiga que me había tomado por hacerlas. He aquí que todo es vanidad, andar a la caza del viento, y que no queda provecho alguno bajo el sol.

Cuando decimos: "Que me quiten lo bailao" deberíamos darnos cuenta que no hace falta, pues se nos quita solo. En efecto, ¿qué queda, pasado un tiempo, de unas fantásticas vacaciones, de una sabrosa comida, de una bebida exquisita, de un triunfo en el deporte, en la empresa, en las finanzas o en la política cuando buscados por sí mismos, como fuente de felicidad? ¡Nada! Lo pasado, pasado está y apenas queda rastro de ello.

Hay una excepción a esta afirmación: cuando se ha vivido con personas queridas. Entonces queda lo esencial: la vivencia de la amistad, de compartir, de amar y ser amado. Lo demás: la playa, la montaña, el sabor de la comida, el placer sentido... fueron algo bueno, tuvieron su función y ayudaron, pero no tienen consistencia. Son efímeros y contingentes.

Hace tiempo una mujer que había perdido a su marido me mostró las fotos de su último viaje juntos, mientras recordaba aquellos días vividos con él. No hizo mención a los lugares visitados, al paisaje, a las comidas, al hotel...; solo a la persona que amaba y que había fallecido. ¡Esta es la gran diferencia! Qohélet habla de la vanidad de aquello que se busca por sí mismo: puede producir placer, pero no es fuente de felicidad.

¿DÓNDE ESTÁ LA FELICIDAD?

¿Qué queda pues? ¿A dónde quiere llegar Qohélet? Puede parecernos pesimista y amargado, pero no lo es. Su vida ha sido un

camino y un proceso que le ha llevado a una doble conclusión muy valiosa y útil para nosotros:

1ª Que todo lo visto es vanidad y caza del viento.

2ª Que no hay más felicidad para el hombre que comer, beber y gozar él mismo del bienestar de su trabajo.

¿Está diciendo con esto último que, ya que nada satisface, “comamos y bebamos que mañana moriremos”? ¡Nada de eso! Eso es lo que hizo cuando buscaba el placer o tenía mucho dinero y poder. Se refiere a algo muy diverso: AL VALOR DE LA VIDA ORDINARIA, donde lo más valioso es aquel poco o mucho conseguido gracias a un trabajo sencillo y constante, sin grandes ambiciones, que se concreta en poder comer y beber de lo que uno mismo ha producido con su esfuerzo.

Pero Qohélet no se queda ahí, sino que hace un apunte más: “CONSIDERO QUE TODO ESO VIENE DE LA MANO DE DIOS”.

Puede que hayas observado, querido lector, que Qohélet todavía no había nombrado a Dios. Tiene su lógica: lo que ha hecho hasta este momento ha sido describir su proceso de observación e investigación primero, de búsqueda de la ciencia y la sabiduría después, de entrega ansiosa al placer más tarde y, por fin, de ejecución de grandes obras y acumulación de riqueza y poder. Pues bien, todas estas etapas tienen algo en común: que las ha vivido centrado y fundamentado en sí mismo y en sus posibilidades.

Pero cuando ha constatado que todo ello es vanidad y “ANDAR A LA CAZA DEL VIENTO” ha aprendido a valorar lo pequeño y sencillo, lo propio del día a día y fruto de su trabajo, que descubre procedente “DE LA MANO DE DIOS” que cuida de sus criaturas, don y dádiva de su misericordia pues “¿QUIÉN, EN EFECTO, PUEDE COMER, O QUIÉN PUEDE BEBER SIN ÉL?”, se pregunta. Al final de su camino y como fruto de un proceso personal, cae en la cuenta de que en una vida fundamentada en Dios todo tiene otro sabor y que, además de placer, produce felicidad. Por eso trabajar y después comer y beber es enormemente valioso y satisfactorio.

Este es el punto de llegada del autor, junto con aquella otra afirmación: “VANIDAD DE VANIDADES: TODO ES VANIDAD”, que no son contradictorias sino complementarias.

CONCLUSIÓN

No hay camino que no lleve a algún lugar ni proceso o experiencia que no abra a lo esencial si la persona es sincera y honesta consigo misma, como lo fue Qohélet. En este caso, todo lo que le pase o viva, sea lo que sea, lleva a Dios y a ver la vida, hasta en sus más sencillas expresiones, como regalo inmenso de Dios.

Que Dios bendiga a los que, por su gracia, tenemos lo suficiente para vivir y nos enseñe a disfrutar de las pequeñas cosas con nuestros prójimos. Que en vez de centrar la vista en el placer, descubramos a Dios como fuente de todo y veamos los bienes que poseemos como signos de su amor.

¡Qué grande es Dios y cómo nos ama! Que al final de este comentario quede en nosotros un poso de agradecimiento y alabanza a su nombre

¡Gracias, Qohélet, por tu búsqueda, tu inconformismo y tu testimonio! Eres para nosotros un testigo del amor de Dios.

Carlos Rey - SDB